

Presentación del *Manual de la Nueva gramática de la lengua española*

Juan Vicente Herrera
Presidente de la Junta de Castilla y León

Algo muy nuestro nos convoca esta mañana en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca: nuestra lengua, el castellano hecho español. Estas anchas tierras le vieron nacer, y por ello constituye uno de nuestros rasgos más específicos, que nos define y nos identifica. El propio Estatuto de Autonomía de Castilla y León le consagra como una de las más importantes señas de identidad de la Comunidad.

Pero también debemos verle, por otro lado, como un patrimonio de toda la Humanidad. Que compartimos con otras tierras hermanas, que le enriquecen todos los días con su uso y con sus aportaciones. Ya decía Unamuno que «la lengua es el principal patrimonio de los pueblos hispánicos. Es nuestro caudal. Es la bandera que tiene que cubrir nuestra mercancía». El castellano, el español, es una realidad viva, pujante y compartida por muchos en tantas partes.

Sólo 8 idiomas en todo el mundo superan los 100 millones de hablantes. Unos 400 millones de personas, que algunos elevan ya a 600, hablan en español. Hoy es la segunda lengua operativa del planeta, un formidable instrumento internacional de comunicación. El español ha crecido a una media de un 10% en los últimos ocho años, dando lugar a 32 millones de nuevos hispanoparlantes desde 1998. Pero, ¿cuáles pueden ser las razones de ese éxito?

Se alude a su utilidad, su versatilidad, su flexibilidad o su capacidad de adaptación. Pero creo que, sobre todos ellos, hay un aspecto que los supera y engloba, como es su capacidad de integrar y unir. El castellano es fundamentalmente una lengua de integración y un instrumento de comunicación real.

Es un elemento de integración por cuanto no acota grupos ni marca fronteras. Como antes apuntaba, el español se ha hecho sobre múltiples aportaciones, primero de la

propia Península, y luego de América y del resto del mundo. Decía Emilio Alarcos que «nuestro español, aunque de base castellana, se ha ido elaborando con el concurso continuado de tantas y tantas otras modalidades peninsulares —y después, también, americanas— de manera análoga a como fue naciendo y haciéndose el hombre español moderno, amasijo de sangres y tradiciones variadas». Cómo no recordar hoy que el nuevo *Diccionario de la Real Academia Española*, presentado en el II Congreso Internacional de la Lengua de Valladolid en 2001, incorporó más de 12.000 voces procedentes de nuestros hermanos americanos.

Precisamente que el español sea este crisol de fuentes le otorga la segunda de las características mencionadas, que le configura como un instrumento de comunicación. Y es que hablar en español es hablar en un idioma homogéneo.

Probablemente seamos la más unitaria de todas las grandes lenguas del mundo, constituyendo así un medio de comunicación válido para todos sus usuarios. Cualquier hispanohablante se puede entender con otro sin mayores problemas aunque medien entre ellos miles de kilómetros, algo que no puede decirse de otras lenguas mayoritarias, aunque éstas sean oficiales en más países que el español.

Quizás la razón de este protagonismo funcional sea lo que Julián Marías llamaba la «profundidad» de nuestro idioma, algo que hace que el español sea algo más que un simple vehículo de comunicación, y pueda contener y transmitir consigo un auténtico código de valores compartido y perpetuado en el tiempo.

Desde luego, conseguir esta capacidad de síntesis y esta vocación de comunicar y unir las gentes no se produce por generación espontánea. Hace falta una sólida base.

Sólida base que resulta, ante todo, de un sistema educativo que cuide la lengua, la enseñe y la transmita como instrumento de libertad y de comunicación, pero también como vínculo. Castilla y León así lo ha entendido, y viene realizando un gran esfuerzo para lograr el éxito escolar en el uso de nuestra lengua, algo que nuestros estudiantes demuestran y los informes internacionales más importantes reconocen.

Por eso mismo creo que es un auténtico error, que observamos con tanta

preocupación como tristeza, que en algunos territorios de España se pongan trabas al estudio y aún al uso del castellano como lengua común. Lo que sólo puede conducir al empobrecimiento personal, social y económico de quienes sufran esa exclusión forzada del que hoy es, sin duda, un gran vínculo universal.

Y una sólida base que también proporciona al español la preciosa labor de nuestras Academias, para mantenerle como lengua unificada y viva, enriquecerle con las aportaciones de nuestras sociedades, y guiar la mejor forma de aprenderle y utilizarle. El *Manual de la Nueva Gramática* que hoy se presenta en la Universidad de Salamanca es un importante paso en ese camino.

La gramática «nos hace ver el maravilloso artificio de la lengua, enseñándonos de qué partes consta, sus nombres, definiciones y oficios y cómo se juntan y enlazan para formar el tejido de la oración». Exactas palabras del prólogo de la primera *Gramática* de 1771. Desde entonces, la Academia se ha encargado de ir puliendo y mejorando ese «maravilloso artificio» en sucesivas *gramáticas*.

La última es fruto de un ambicioso proyecto, en el que han colaborado tantos profesionales, convertido al fin en una apuesta panhispánica, impulsada por la Academia Española y sus 21 Academias hermanas, que la aprobaron en la Clausura del XIII Congreso de la Asociación de Academias de Medellín (Colombia) en 2007.

Para Castilla y León ha sido un gran honor colaborar materialmente, a través del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, con la Comisión Interacadémica coordinadora de tan importante obra.

Un gran esfuerzo de perfeccionamiento y divulgación da hoy un nuevo paso con este Manual, que simplifica y aproxima a todos los contenidos de tan magnífica y común obra. Hacerlo aquí, en Salamanca tiene un especial significado. Pues como pude recordar muy recientemente, con ocasión de nuestro Día de la Comunidad, «en Castilla y León, cuna de la lengua castellana, Salamanca siempre ejerció como hermana mayor en el cuidado de su pureza, en el impulso a su crecimiento como lengua española y universal, y en la belleza de la creación literaria. Desde Antonio de Nebrija a Torrente Ballester, los ejemplos son incontables».

Por eso, desde una tierra tan vinculada a nuestra lengua, expreso mi reconocimiento a la labor de la Real Academia Española en la figura de su director, Víctor García de la Concha, por su esfuerzo constante por mantener vivo y pujante este patrimonio universal que es nuestro idioma. Por atender la petición de Miguel Delibes: «hacer llegar al pueblo, enriquecida, la lengua que nace del pueblo».

Salamanca, 11 de mayo de 2010.